

CAPITULO XVII

QUIEN AMA A JESUCRISTO ARDIENTE, NO DEJA
DE AMARLE AUN EN MEDIO DE TODAS
LAS TENTACIONES Y DESOLACIONES

Caritas omnia sustinet.

La caridad todo lo tolera

Las penas que más afligen en esta vida a las almas amantes de Dios no son la pobreza, ni la enfermedad, ni las deshonras, ni las persecuciones, sino las tentaciones y desconsuelos espirituales. Cuando el alma disfruta de la amorosa presencia de Dios, todos los dolores, ignominias y malos tratamientos de los hombres, en vez de afligirla, la consuelan más, por la ocasión que le brindan de ofrecer a Dios alguna muestra de su amor; esas contrariedades son a manera de leña acumulada al fuego. Mas, cuando en la tentación se ve expuesta a perder la divina gracia y entre los desconsuelos le parece haberla ya perdido, éstas son penalidades harto amargas para quien ama de corazón a Jesucristo. Pero del mismo amor sacará tal alma la fortaleza para sufrirlo todo paciente-mente y continuar el emprendido camino de la perfección. Y icuánto progresan las almas con estas pruebas que suele hacer Dios de su amor!

I. De las tentaciones

A las almas amantes de Jesucristo no hay pena que así las aflija como las tentaciones; el resto de los males, aceptados resignadamente, las inclinan a unirse más y más a Dios; mas, cuando se ven tentadas a pecar y expuestas a separarse de Jesucristo, este tormento les es más amargo que todos los demás.

Por qué permite Dios las tentaciones.— Adviértase aquí que, aun cuando las tentaciones que inducen al mal no provienen de Dios, sino del demonio o de nuestras malas inclinaciones: *Dios no es tentador de cosa mala. El a nadie tienta*, sin embargo, el Señor permite a veces que sus más regaladas almas sean las más fuertemente tentadas.

Dios permite las tentaciones, primero para que con ellas reconozcamos mejor nuestra debilidad y la necesidad que tenemos de su ayuda para no caer. Cuando el alma se ve favorecida de Dios con divinas consolaciones, hácesele que está valiente para desafiar todo asalto de los enemigos y para emprender cualquier obra en pro de la divina gloria. Pero cuando se halla bravamente tentada, al borde del precipicio y a pique de sucumbir, entonces reconoce mejor su flaqueza e impotencia para resistir si Dios no la ayudare. Esto puntualmente aconteció a San Pablo, que cuenta de sí mismo que el Señor permitió fuera tentado con tentaciones carnales para que no se envaneciese de las revelaciones con que el Señor le había favorecido: *Y a causa de la sublimidad de las revelaciones, por esto, para que no me levante sobre mí, se me dió una espina en mi carne, emisario de Satanás, para que me apuñee.*

Permite, en segundo lugar, Dios las tentaciones

para que vivamos desprendidos de la tierra y deseemos más ardorosamente ir a verlo en el cielo. De aquí es que las almas buenas, al verse en esta vida combatidas noche y día por tantos enemigos, tienen tedio de la vida y exclaman: *¡Ay de mí!, que en Mosoc soy peregrino*, y suspiran por la hora en que podrán exclamar: *El lazo se rompió y hemos sido nosotros liberados*. Quisiera el alma volar hacia Dios, pero mientras viva en esta tierra se sentirá como ligada a ella y combatida de continuas tentaciones. Este lazo no se rompe sino con la muerte, por la que suspiran las almas amantes como por libertadora del peligro de perder a Dios.

En tercer lugar, permite Dios que seamos tentados para enriquecernos de méritos, como fue dicho a Tobías: *Y puesto que eras acepto a Dios, necesario fue que la tentación te aquilatase*. El alma no por estar tentada ha de temer hallarse en desgracia de Dios; al contrario, ha de esperar más aún que es muy amada de El. Es engaño del demonio hacer creer a ciertos espíritus pusilánimes que las tentaciones son pecados que empañan al alma. No son los malos pensamientos los que nos hacen perder a Dios, sino los malos consentimientos. Por vehementes que sean las sugerencias del demonio, por vivos que sean los fantasmas impuros que asalten la imaginación, mientras no consintamos en ello, lejos de manchar el alma, la vuelven más pura, más fuerte y más acepta a Dios. Dice San Bernardo que cuantas veces vencemos las tentaciones, conquistamos una nueva corona. Aparecióse un ángel a cierto monje cisterciense y le dió una corona, con orden de que se la llevase a otro monje y le dijera que la había merecido por la victoria que hacía poco había reportado sobre una tenta-

ción. Ni debe espantarnos que el mal pensamiento no se marche de la mente y siga atormentándonos; basta con que lo aborrezcamos y procuremos rechazarlo.

Fiel es Dios, quien no permitirá que seáis tentados más de lo que podéis, dice San Pablo. Por tanto, quien resiste a la tentación, lejos de perder, aprovechará: Dios *hará que con la tentación tengáis el buen suceso de poderla sobrellevar*. Por eso el Señor permite a menudo que las almas predilectas sean las más tentadas, para que hagan más acopio de méritos en esta vida y de gloria en el cielo. El agua estancada y muerta no tarda en corromperse. Así pasa con el alma que, entregada al ocio, sin tentaciones ni combates, hállese en peligro de perderse, ya complaciéndose en los propios méritos, ya pensando que ha llegado a la perfección; de esta suerte pierde el temor, se cuida bien poco de encomendarse a Dios y no trabaja por alcanzar la salvación eterna. Mas, cuando comienza a ser agitada de tentaciones y se ve en peligro de precipitarse en el abismo del pecado, recurre entonces a Dios, recurre a la divina Madre, renueva el propósito de morir antes que pecar, se humilla y se abandona en brazos de la divina misericordia, y así logra alcanzar más fortaleza y se une a Dios más estrechamente, como atestigua la experiencia.

No por eso hemos de desear tentaciones, sino que siempre hemos de rogar a Dios que nos libre de ellas, y en especial de aquellas en que habríamos de consentir, que esto quieren decir las palabras del Padre nuestro: *No nos dejes caer en la tentación*. Pero, cuando Dios permite que nos asalten, entonces, sin inquietarnos por feos y bajos que sean tales pensamientos, confiemos en Jesucristo y pidámosle su ayuda, que a

buen seguro no nos faltará para resistir. Dice San Agustín: «Arrójate en sus brazos, desecha todo temor, que no se retirará para que caigas». Abandónate en manos de Dios sin temor alguno, porque, si El te mete en el combate, no te dejará solo para que caigas en la lucha.

De los remedios contra las tentaciones.—Tratemos ya de los remedios para vencer las tentaciones. Muchos son los que señalan los maestros de la vida espiritual, pero el más necesario y seguro, del que voy a tratar, es el acudir prontamente a Dios con humildad y confianza, diciéndole: *Pléguate, ¡oh Dios!, librárame; Señor, apresúrate a socorrerme.* Ayudadme, Señor, y ayudadme presto. Sola esta oración bastará para hacernos triunfar de los asaltos de todos los demonios del infierno que se conjuren para combatirnos, porque Dios es infinitamente más poderoso que todos los demonios. Sobrado conocido tiene Dios que no tenemos fuerza para hacer frente a las tentaciones de los poderes infernales; por eso dice el doctísimo cardenal Gotti que, cuando nos veamos combatidos y estemos a punto de sucumbir, Dios está obligado a prestarnos su ayuda para resistir, con tal de que se la pidamos.

Y ¿cómo podríamos temer que Jesucristo no nos ayudara, después de tantas promesas hechas en este sentido en las Sagradas Escrituras? *Venid a mí todos cuantos andáis fatigados y agobiados, y yo os aliviaré. E invócame en el día de la angustia; yo te libraré y tú me honrarás. Entonces clamarás, y Yahveh te responderá; pedirás auxilio, y contestará: «¡Heme aquí!»* ¿Quién le invocó y fue de El despreciado? David, por este medio de la oración, estaba seguro de que no habría de ser vencido de sus enemigos, y de-

cía: *Invocaré al Señor, digno de loa, y de mis enemigos seré salvo*; no en vano sabía que Dios está cerca de quienes le llaman en su ayuda: *Cerca está el Señor de cuantos le invocan*. Y San Pablo añade que el Señor no es avaro, sino rico de gracias para cuantos le invocan.

¡Pluguiera a Dios que todos los hombres acudiesen a El cuando se ven tentados de ofenderle! Caen los desventurados, porque, aguijoneados por sus perversos apetitos, por no perder pasajeros deleites, prefieren perder el sumo bien, que es Dios. Sobradamente lo atestigua la experiencia: quien acude a Dios en las tentaciones, no cae, y cae quien se olvida de acudir a El, y especialmente en las tentaciones contra la pureza. Salomón decía: *Mas entendiendo que de otro modo no la alcanzaría, si no es que Dios me la daba..., acudí al Señor y le rogué*.

En semejantes tentaciones de impureza, e igual se puede decir en las tentaciones contra la fe, no se ha de luchar directamente con ellas, sino que hay que resistirlas con medios indirectos, ejercitándose en actos de amor a Dios o de dolor de los pecados y hasta distrayéndose con cualquier acción indiferente. Tan pronto como advirtamos que se presenta un pensamiento con visos de sospechoso, hemos de despa-charlo al instante y darle, por decirlo así, con la puerta en rostro, negándole entrada en la mente, sin detenerse a descifrar lo que significa o pretenda. Tales malvadas sugerencias hay que sacudirlas luego, como se sacuden las chispas que pueden caer en la ropa.

Cuando la tentación impura hubiera franqueado la mente y dejado sentir los primeros movimientos de los sentidos, dice San Jerónimo que entonces hay que redoblar la voz y clamar a Dios pidiéndole su ayuda,

sin dejar de invocar los santísimos nombres de Jesús y de María, que tienen especial virtud contra esta suerte de tentaciones. Dice San Francisco de Sales que, cuando los niños divisan al lobo, se echan presto en brazos del padre o de la madre y allí se sienten seguros. Así debemos hacer nosotros, correr presurosos a Jesús y a María con súplicas y peticiones. Repito que correr presurosos, sin prestar oídos a la tentación ni disputar con ella. Cuéntase en el § 4 del libro de las *Sentencias* de los Padres de la antigüedad que cierto día San Pacomio oyó que un demonio se lisonjaba de haber hecho caer a un monje, porque cuantas veces lo tentaba le prestaba oídos, sin acudir presto a Dios; y, por el contrario, oyó que otro demonio se lamentaba diciendo: «Pues yo con mi monje nada puedo, porque recurre prestamente a Dios y siempre me vence».

Si la tentación siguiere molestándonos, guardémonos de inquietarnos ni irritarnos por ello, pues el demonio pudiera valerse de tal inquietud nuestra para hacernos caer. Entonces es cuando debemos resignarnos humildemente a la voluntad de Dios, que se digna permitir seamos tentados con tan bajos pensamientos. Bastará con que digamos: «Señor, bien merecido tengo ser molestado con estas tentaciones en castigo de las ofensas que os he hecho, pero a vos os toca socorrerme y librarme de caer». Y si, con todo, la tentación prosiguere molestándonos, prosigamos invocando a Jesús y a María. Importa mucho entonces renovar la promesa hecha a Dios de sufrir toda suerte de trabajos y morir mil veces antes que ofenderle sin dejar de pedirle su ayuda. Y cuando las tentaciones fuesen tan violentas que nos viéramos en grave peligro de consentir, redoblemos el fervor de

las oraciones y recurramos al Santísimo Sacramento, postrémonos a los pies del Crucifijo o de alguna imagen de la Santísima Virgen y roguemos con redobladó ardor, gimamos, lloremos y pidamos auxilio. Una cosa es cierta: que Dios está presto a escuchar a quien le ruega y que El es, y no nuestra diligencia, quien nos dará valor para resistir; pero a las veces quiere el Señor nuestros esfuerzos para después suplir nuestra flaqueza y hacernos alcanzar la victoria.

También es importante en tiempo de tentaciones hacer a menudo la señal de la cruz en el pecho y en la frente y, además, descubrir la tentación al director espiritual. «Tentación descubierta—decía San Felipe Neri—, tentación medio vendida». Bueno es advertir aquí, por ser doctrina admitida entre los teólogos, aun entre los rigoristas, que las personas que por mucho tiempo han vivido vida ejemplar y son temerosas de Dios, siempre que andan en dudas de si habrán consentido o no consentido en alguna culpa grave, deben estar seguras de no haber perdido la amistad de Dios, pues es moralmente imposible que la voluntad afianzada mucho tiempo en el bien obrar, en un momento se cambie y consienta en un pecado mortal sin conocerlo claramente. La razón de ello es que, siendo el pecado mortal tan horrible monstruo, no puede penetrar en el alma que por tanto tiempo lo ha aborrecido, sin que a las claras se dé a conocer. Esta doctrina la tenemos plenamente probada en nuestra *Teología Moral*. Santa Teresa solía decir: «Nadie se perderá sin entenderlo».

Síguese de aquí que para algunas almas de conciencia delicada y bien fundadas en la virtud, pero tímidas y molestas de tentaciones, especialmente si son contra la fe o la castidad, será quizás conveniente

que el director las prohíba hablar de ellas, ni aun darle cuenta de tales cosas, porque, para descubrirse al confesor, tendrán que hacer memoria de cómo entraron aquellos malos pensamientos y después si hubo delectación, complacencia o consentimiento; y de este modo, mientras más reflexionan en ello, más se graban aquellas malignas fantasías y más turbación causan. Cuando el confesor está moralmente cierto de que el alma no consistió en tales sugerencias, más vale que le mande por obediencia no hablar de ellas. Y advierto que no de otra suerte obraba Santa Juana de Chantal, quien cuenta de sí que durante muchos años fue combatida de horrendas tempestades de tentaciones, y, como no tenía conciencia de haber nunca consentido en ellas, jamás las descubrió en confesión, limitándose a decir, según la norma que el confesor le había dado para tales casos: «No tengo claro conocimiento de haber consentido», dando con esto a entender que después de cada tentación quedaba agitada de escrúpulos, a pesar de los cuales se aquietaba con la obediencia que el confesor le había impuesto de no confesar tales dudas. Por lo demás, mucho ayuda, generalmente hablando, para calmar las tentaciones, descubrirlas al confesor, como arriba queda apuntado.

Mas vuelvo a decir que, entre todos los remedios para vencer las tentaciones, el más eficaz, el más necesario, el remedio de los remedios es acudir a Dios con la oración y no cesar de rogarle mientras dura la tentación. A veces tendrá el Señor guardada la victoria no para la primera súplica, sino para la segunda, la tercera o la cuarta. Persuadámonos, finalmente, de que de la oración depende todo nuestro bien; de la oración depende nuestra mudanza de vida; de la ora-

ción depende la victoria de las tentaciones; de la oración depende el alcanzar el amor divino, la perfección, la perseverancia y la salvación eterna.

Tal vez haya entre los lectores de mis obras ascéticas alguno a quien se le haga enojosa tanta insistencia en la importancia y necesidad de acudir continuamente a Dios por medio de la oración. En cambio, a mí se me hace que aun no he insistido bastante, sino harto poco. Comprendo sobradamente que todos, día y noche, estamos combatidos por tentaciones infernales y que el demonio no cesa en el empeño de buscar ocasiones para hacernos caer. Sé que sin la ayuda divina no tendremos fuerzas para resistir los asaltos de los demonios, y que por esto el Apóstol nos exhorta a revestirnos de la armadura de Dios; y ¿cuáles son estas armas? Helas aquí: *Orando con toda oración y súplica en todo tiempo, en espíritu, y para ello velando con toda perseverancia.* Estas armas son la oración continua y fervorosa a Dios para que nos socorra y no seamos vencidos. Sé, además, que todas las Escrituras, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, no hacen más que exhortarnos a orar: *Invócame en el día de la angustia y yo te libraré. Llámame y te responderé Es menester siempre orar y no desfallecer. Pedid y se os dará. Velad y orad. Orad sin cesar.* Por todo lo cual no creo haber hablado demasiado de la oración, sino harto poco.

Desearía yo que todos los predicadores nada recomendaran tanto a sus auditorios como la oración; que los confesores nada exhortaran con mayor calor que la oración; que los escritores ascéticos de nada escribiesen tanto como de la oración. Mas, por desgracia, no es así, y atribuyo a castigo de nuestros pecados el que predicadores, escritores y confesores

hablen tan poco de la oración. Ciertamente que ayudan muy mucho a la vida espiritual los sermones, las meditaciones, las comuniones, las mortificaciones; pero si al venir las tentaciones no nos encomendamos a Dios, caeremos, a pesar de todas las predicaciones, de todas las meditaciones y de todos los buenos propósitos formulados. Por tanto, si queremos salvarnos, pidámosle siempre y encomendémonos a nuestro Redentor, especialmente en el momento de la tentación; y no nos contentemos con pedirle la santa perseverancia, sino pidámosle la gracia de pedírsela siempre.

Encomendémonos siempre entonces a la divina Madre, que es la dispensadora de todas las gracias, como dice San Bernardo: «Busquemos la gracia, y busquémosla por medio de María». En efecto, el mismo Santo nos da a entender que Dios no quiere dispensarnos gracia alguna sin que pase por manos de María: «Nada quiso Dios que tuviéramos que no pasase por manos de María».

Afectos y súplicas

¡Oh Jesús, Redentor mío!, espero que por los méritos de vuestra sangre me hayáis perdonado las ofensas que os he hecho, y espero ir al paraíso a daros gracias por ello: *Las gracias del Señor cantaré siempre*. Veo que en lo pasado caí y volví a caer miserablemente, porque me olvidé de pedir os la santa perseverancia; esta perseverancia os pido ahora: «No permitáis que me separe de vos. Me propongo pedir os la sin cesar, y en especial cuando me vea tentado a ofenderos. Así propongo y así prometo; pero ¿de qué

serviría este mi propósito y promesa, si vos no me alcanzarais la gracia de acudir a vuestros pies? ¡Ah!, por los méritos de vuestra pasión, concededme esta gracia de acudir siempre a vos en todas mis necesidades.

María, Reina y Madre mía, os ruego, por el amor que tenéis a Jesucristo, me alcancéis la gracia de recurrir siempre a vuestro Hijo y a vos durante toda mi vida.

II. De las desolaciones de espíritu

«Es un engaño —dice San Francisco de Sales— querer medir la devoción por los consuelos que experimentemos. La verdadera devoción en los caminos de Dios consiste en tener una voluntad firmemente resuelta a cumplir cuanto es del divino agrado».

Dios, mediante las arideces, une consigo a las almas más predilectas. Lo que impide la verdadera unión con Dios es el apego a nuestras desordenadas inclinaciones; por tanto, cuando el Señor quiere atraer un alma a su perfecto amor, busca cómo desprenderla de todos los afectos a los bienes temporales, a los placeres mundanos, a la hacienda, a los honores, a los amigos, a los parientes, a la salud corporal; y con tales medios de pérdidas, disgustos, desprecios, enfermedades y muertes, la va desprendiendo de todo lo creado, para que ponga en El todos sus afectos.

Para aficionarla después a los bienes espirituales, comienza el Señor por regalarla con muchos consuelos y abundancia de lágrimas y ternuras, con lo que el alma procura desprenderse de los placeres sensuales

y trata de macerarse con penitencias, ayunos, cilicios y disciplinas. Entonces conviene que el director le vaya a la mano y le niegue la licencia de mortificarse, al menos tanto como quisiera, porque, llevada en alas del fervor sensible, podría con las indiscreciones dañar su salud. Este es un ardid del demonio, que, cuando ve que alguien se da a Dios, que le consuela con espirituales consolaciones, como suele hacer con los principiantes, trata el enemigo de arruinar la salud con indiscretas penitencias, a fin de que luego, con la enfermedad encima, deje no tan sólo las penitencias, sino la oración, las comuniones y todos los ejercicios de devoción, retornando a la vida antigua. Por consiguiente, el director, con estas almas que comienzan a llevar vida espiritual y le piden licencia para ejercitarse en penitencias, debe ser muy parco en concedérselas, exhortándolas a la mortificación interna, sobrellevando pacientemente los desprecios y contrariedades, obedeciendo a los superiores, reprimiendo la curiosidad de los ojos y los oídos y cosas por el estilo, prometiéndoles que más adelante, cuando las vea bien ejercitadas en la mortificación interior, entonces podrán hacerse dignas de ejercitarse en la exterior.

Por lo demás, es craso error decir, como algunos sostienen, que la mortificación externa de nada sirve o de muy poco. Ciertamente que para adelantar en perfección es más necesaria la mortificación interior, mas no por eso deja de ser también necesaria la exterior. Decía San Vicente de Paúl que quien no practica la mortificación externa no será mortificado ni interna ni externamente. Y añadía San Juan de la Cruz que no se ha de dar crédito a quien despreciara la mortificación de la carne, aunque hiciera milagros.

Mas volvamos a nuestro asunto. Cuando el alma comienza a darse a Dios, gusta la dulzura de las consolaciones sensibles, las cuales son a manera de cebo que el Señor emplea para arrancarla de los placeres terrenos, desprenderla de las criaturas y llevarla a sí. Pero, como el alma se une a Dios más bien por los atractivos de los consuelos que siente que por la voluntad determinada de complacer a Dios, cree falsamente que su amor a Dios crece al paso que aumenta ese consuelo en las devociones. De aquí proviene que, cuando le turban en algún ejercicio de piedad en que se deleita, y tiene que emplearse en obras ajenas, sea de obediencia, de caridad u otras obligaciones de su estado, se inquieta y se turba: es éste un defecto muy universal de la miseria humana, ir buscando en todas las acciones la propia satisfacción; y cuando el alma no halla en sus ejercicios de devoción las antiguas satisfacciones, los abandona, o al menos los disminuye y, quitando de aquí un tantillo y mañana otro de allí, acaba por dejarlo todo. Esta desgracia acaece a tantas almas que, llamadas por Dios a su amor, comienzan a caminar por los caminos de la perfección y los siguen, mientras duran los consuelos, hasta que al cesar éstos, abandónanlo todo, tórnanse a la vida antigua. Es necesario persuadirse que el amor de Dios y la perfección no consiste en experimentar ternuras y consuelos, sino en vencer el amor propio y cumplir la divina voluntad. San Francisco de Sales decía: «Dios es tan amable cuando nos consuela como cuando nos envía tribulaciones».

Cuando se goza de consuelos espirituales no se precisa gran virtud para dar de mano a los gustos sensibles y sobrellevar las afrentas y contrariedades. En medio de estas dulzuras, el alma lo soporta todo;

pero esta su fuerza más bien proviene de las caricias que Dios le prodiga que del verdadero amor de Dios. De aquí que el Señor, para afianzarla más en la virtud, le retire y le quite las dulzuras sensibles para desprenderla del amor propio, que de tales golosinas se alimentaba; por eso acontece que allí donde antes experimentaba gozo, haciendo actos de ofrecimiento, confianza y amor, después, cuando siente secas las venas de los consuelos, ejercítase en los mismos actos con frialdad y desabrimiento, hastiada de tedio en los más devotos ejercicios, en la oración, en la lectura espiritual y en la comunión, sin dar más que con tinieblas y temores haciéndosele que todo está ya perdido. Reza y vuelve a rezar y se entristece porque se le hace que Dios no quiere escucharla.

Vengamos a la práctica de lo que hemos de hacer por nuestra parte. Cuando el Señor misericordiosamente nos consolare con sus amorosas visitas y nos hiciere sentir la presencia de su gracia, no hay que rechazar estos divinos consuelos, como quieren algunos falsos místicos, sino aceptarlos agradecidamente, atentos siempre a no pararnos a gustar estas consolaciones y poner en ellas nuestro contento, porque esto sería lo que San Juan de la Cruz llama *gula espiritual*, la cual, sobre ser defectuosa, es desagradable a Dios. Esforcémonos, pues, por desterrar de la mente toda complacencia sensible en tales dulzuras y guardémonos especialmente de creer que Dios usa con nosotros de tales finezas porque las merecemos mejor que los demás. Este vano pensamiento obligaría al Señor a retirarse por completo de nosotros y abandonarnos a nuestras miserias. Lo que entonces hemos de hacer es agradecérselo fervorosamente, porque semejantes consuelos espirituales son dones

extraordinarios que Dios hace al alma y que sobrepujan a todas las riquezas y honores temporales; mas, cuando nos veamos privados de la presencia del amado y de estos gustos sensibles, humillémonos, teniendo siempre ante la vista los pecados e infidelidades de la vida pasada. Recordemos entonces que tales amorosos tratos son puro efecto de la bondad de Dios y que tal vez, regalándonos el Señor de esta suerte, quiera fortalecernos de antemano para que llevemos en paciencia cualquier gran tribulación que nos quiera enviar. Por eso ofrezcámonos a padecer toda suerte de trabajos interiores y exteriores que nos sobrevengan: enfermedades, persecuciones, desolaciones de espíritu, diciendo: «Heme aquí, Señor mío; haced de mí y de mis cosas cuanto os agrade; dadme la gracia de amaros y de cumplir perfectamente vuestra voluntad, y nada más os pido.»

Cuando el alma está moralmente cierta de vivir en gracia de Dios, aunque privada así de los placeres del mundo como de los de Dios, con todo, está contenta, sabiendo que ama a Dios y que es amada de Él. Mas, cuando Dios quiere purificarla y despojarla de toda satisfacción sensible, para unirla completamente con El mediante su puro amor, ¿qué es lo que hace? Métele en el crisol de las desolaciones, que es el más amargo tormento de cuantas penas interiores o exteriores puede padecer una persona; la priva de la certeza de hallarse en gracia de Dios y la sumerge en densas tinieblas, en medio de las cuales parece que el alma no se encuentra a Dios. A veces permite Dios que la asalten tentaciones violentas de los sentidos, acompañadas de perversos apetitos de la parte inferior, o pensamientos contrarios a la fe, o de desesperación y aun de odio a Dios, pareciéndole que la ha

abandonado y que ya no escucha sus ruegos. Y como, por una parte, las sugerencias diabólicas son vehementes y se halla excitada la parte inferior, sumergida el alma en densas tinieblas, aun cuando resista con la voluntad, no acierta a discernir si hace frente a la tentación cuanto debe o bien si consiente en ella, con esto se le aumenta el temor de haber perdido a Dios y de que Dios la haya del todo abandonado justamente por sus infidelidades en estas lides. Entonces cree haber llegado a su total ruina, sin esperanza de volver a gozar de la amistad de Dios y con temor de ser odiada por Él. Harto probaba tenía esta pena Santa Teresa, la cual llegaba a confesar que en semejante estado «irse a rezar no es sino más congoja o estar en soledad; porque el tormento que en sí se siente, sin saber de qué, es incomportable. A mi parecer es un poco del traslado del infierno».

Cuando acontezca esto al alma amante de Dios, no se desanime, ni se turbe el director que la guía, ya que aquellos movimientos sensuales, aquellas tentaciones contra la fe, aquellas desconfianzas y aun los impulsos de que se siente movida a blasfemar de Dios, son temores, son tan sólo tormentos del alma y esfuerzos del enemigo, pero no son actos de la voluntad, por lo que no son imputables. El alma que verdaderamente ama a Jesucristo resiste a estos embates y aborrece tales sugerencias, mas, por las tinieblas que obscurecen su mente, no sabe distinguir, queda turbada, y, viéndose privada de la presencia visible de la gracia, teme y se aflige. Bien se echa de ver que en esas almas así probadas por Dios todo es espanto y pura aprensión y no realidad; preguntadles, si no, aun en lo más terrible de su abandono, si a sabiendas hubieran osado cometer un solo pecado venial deli-

berado, y os responderán resueltamente que están prontas a padecer, no una, sino mil muertes, antes que disgustar deliberadamente a Dios con el más leve disgusto.

Hagamos una distinción. Una cosa es hacer un acto bueno, como vencer una tentación, confiar en Dios, amarle y querer lo que Él quiere, y otra cosa es conocer que en verdad hacemos un acto bueno. Esto segundo, de tener conocimiento que hacemos algo de provecho, nos sirve de consuelo; pero el provecho está en lo primero, cuando en hecho de verdad se ejecuta un acto bueno. Conténtase Dios con lo primero, y de lo segundo priva al alma, quiero decir, del conocimiento de haber hecho aquel acto bueno, para así despojarla de toda satisfacción propia, que ningún valor añade a la acción hecha, puesto que más busca Dios nuestro provecho que nuestra satisfacción. San Juan de la Cruz escribe, consolándola, a cierta alma desolada: «Nunca mejor estuvo que ahora, porque nunca estuvo tan humilde ni tan sujeta, ni temiéndose en tan poco, y a todas las cosas del mundo, ni se conocía por tan mala ni a Dios por tan bueno, ni servía Dios tan pura y desinteresadamente como ahora, ni se va tras las imperfecciones de su voluntad y entereza como quizá solía». No vayamos a creer, en fin, que cuantas más ternuras sentimos, seamos por ello tanto más amados de Dios, porque no está en esto la perfección, sino en mortificar nuestra voluntad y unirla a la divina.

En el estado de desolación no debe el alma dar oídos al demonio, que la sugiere haberla Dios abandonado, ni tampoco deje la oración, que esto es lo que pretende el demonio para hacerla después caer en el precipicio. Escribe Santa Teresa: «Tengo para mí

que quiere el Señor dar muchas veces al principio, y otras a la postre, estos tormentos, y otras muchas tentaciones que se ofrecen, para probar a sus amadores y saber si podrán beber el cáliz y ayudarle a llevar la cruz». Puesta en esta pena, ha de humillarse el alma, persuadiéndose que así merece ser tratada por las ofensas hechas a Dios; y así humillada ante la voluntad divina, exclame: «Aquí me tenéis, Señor; si queréis tenerme siempre humillada y afligida y si lo queréis también en la eternidad, dadme vuestra gracia, haced que os ame y luego haced de mí cuanto os plazca».

Trabajo en balde será, y tal vez de mayor inquietud, querer buscar la seguridad de que os halláis en gracia de Dios, porque Él no quiere que entonces lo conozcáis; y no lo quiere, para vuestro mayor provecho, para que os humilléis y multipliquéis oraciones y actos de total abandono en su divina misericordia. Queréis ver, y Dios no quiere que veáis. Por otra parte, San Francisco de Sales dice: «El propósito de no cometer pecado, por pequeño que sea, es indicio de que estamos en gracia de Dios». Pero, cuando el alma vive en un gran desconsuelo, ni esto conoce claramente, mas no debe pretender sentir lo que quiere; bástele querer con la punta de la voluntad, y así debe arrojarse completamente en brazos de la divina bondad. ¡Cómo cautivan a Dios estos actos de confianza y resignación en medio de las tinieblas de la desolación! Confiemos en Dios, que, como dice Santa Teresa, nos ama más de lo que podemos amarle ni entender.

Consuélese, pues, estas almas tan agradables a Dios que están resueltas a ser todas de Él y se ven privadas al mismo tiempo de todo consuelo. Su estado

de desolación es señal de que Dios las ama y que les tiene preparado un lugar en el paraíso, donde los consuelos son plenos y de eterna duración. Y tengan por muy cierto que cuanto más afligidas se vean en esta vida, tanto más consuelo recibirán en el reino de los bienaventurados: *Al agolparse en mi interior las penas, tus consuelos mi alma regocijan.*

EJEMPLO

Para consuelo de las almas atribuladas quiero traer aquí lo que se refiere en la vida de la M. Santa Juana de Chantal, la cual por espacio de cuarenta y un años fue afligida de terribles penas interiores, tentaciones, temores de vivir en desgracia de Dios y hasta de ser por Él abandonada. Tan continuas y terribles eran sus aflicciones, que llegaba a decir que el solo pensamiento de la muerte era el que la podía consolar. Y añadía: «Tan furiosos son los asaltos, que ignoro dónde habrá de descansar mi pobre espíritu; hácese-me a las veces que me va a faltar la paciencia y que estoy a pique de perderlo todo y de dejarlo todo». «El tirano de la tentación es tan cruel, que a cada hora del día recibiera yo con placer la muerte, siendo no pocas las veces que pierdo hasta las ganas de comer y de beber y de dormir».

En los postreros ocho o nueve años de su vida arrieron más fieramente las tentaciones. La M. De Scatel decía que su santa M. De Chantal padecía día y noche un continuado martirio interior al rezar, al trabajar y hasta al descansar, por lo que la compade-cía muy mucho. La Santa se veía combatida contra todas las virtudes, excepción hecha de la castidad; tentaciones de dudas, perplejidades y repugnancias.

Dios la privaba a veces de sus luces y se le aparecía como indignado, en ademán de arrojarla de su presencia, hasta el punto de que ella tenía que volver la cabeza, espantada por la aparición, para ver dónde hallaría alivio; mas, no hallándolo, volvía a mirar a Dios y a abandonarse en su misericordia. Parecíale que al ímpetu de la tentación estaba a pique de caer a cada instante; no la privaba Dios de su asistencia, pero ella andaba como abandonada de Él, sin experimentar satisfacción alguna, sino sólo tedios y angustias en la oración, en las lecturas espirituales, en la comunión y en el resto de los ejercicios devotos. Su recurso en tal caso de abandono era únicamente mirar a Dios y dejarlo hacer.

Decía la Santa: «En este mi desamparo, hasta mi vida sencilla me parece nueva cruz, y la impotencia que siento en el obrar es nuevo acrecentamiento de cruz». Por eso decía que le parecía ser como el enfermo agobiado por los dolores, sin fuerzas para volverse de un lado a otro, o como el mundo, que no puede explicar sus males, o como el ciego, que no ve si le dan un remedio o le propinan un veneno. De ahí que exclamara entre torrentes de lágrimas: «Me parece que no tengo fe, ni esperanza, ni caridad».

Con todo, conservaba siempre rostro sereno, apacible en la conversación, puesta siempre la mirada en Dios y descansando en el seno de la divina voluntad, por lo que escribía San Francisco de Sales, su director, que conocía perfectamente cuán amada de Dios, era alma tan hermosísima: «Era su corazón como un músico sordo, que, sabiendo cantar maravillosamente, no recibiera del canto placer alguno». Y a ella misma le escribía: «Debéis servir a vuestro Salvador sólo por amor a su voluntad, privada de todo consue-

lo y en medio de un diluvio de tristezas y amarguras». Así obraron los santos.

«Componen este edificio piedras talladas por el cincel saludable y pulidas por el martilleo del obrero divino; unidas estrechamente entre sí, se elevan hasta la altura».

Los santos son estas piedras elegidas, como canta la Iglesia, los cuales, trabajados a golpe de martillo, esto es, a prueba de tentaciones, temores, tinieblas y otras penas interiores y exteriores, se hacen aptos para ser colocados en los tronos del reino del paraíso.

Afectos y súplicas

Jesús, esperanza mía y único amor de mi alma, no merezco vuestros consuelos ni vuestras ternuras; reservadlas para las almas puras e inocentes que siempre os amaron. Yo, pecador, no os las pido porque no las merezco; sólo os pido me permitáis os ame, que cumpla toda mi vida vuestra voluntad y después disponed de mí como os plazca.

¡Desventurado de mí, que merecí otras tinieblas, otros temores, otros abandonos, por las injurias que os hice! Merecía el infierno, donde, separado siempre de vos y de vos abandonado, debía llorar con llanto eterno sin poder jamás amaros. Mas no, Jesús mío; abrazo cualquier pena menos ésta; vos merecéis infinito amor y demasiado me habéis obligado a amaros. Ahora no sabría vivir sin amaros.

Os amo, sumo bien mío; os amo con todo mi corazón, os amo más que a mí mismo, os amo y no quiero más que amaros. Veo que esta mi voluntad es dádiva de vuestra gracia; pero acabad, Señor mío, la obra;

asistidme siempre hasta la muerte; no me dejéis de vuestras manos; dadme fuerza para vencer las tentaciones y vencerme a mí mismo, para lo que os pido la gracia de encomendarme siempre a vos.

Quiero ser todo vuestro; os consagro mi cuerpo, mi alma, mi voluntad, mi libertad; no quiero vivir para mí, sino sólo para vos, Creador mío, Redentor mío, mi amor y mi todo. Quiero santificarme y de vos lo espero. Afligidme como queráis, privadme de todo, con tal de que no me privéis de vuestra gracia ni de vuestro amor.

¡Oh María, esperanza de los pecadores!, mucho confío en vuestra intercesión, pues sois tan poderosa con Dios. Os ruego, por el amor que tenéis a Jesucristo, que me ayudéis a santificarme.

CAPITULO XVIII

DE LA LECTURA ESPIRITUAL

Tan necesaria, quizá, como la oración es la lectura de libros santos para la vida espiritual. Escribe San Bernardo que «la lectura nos prepara para la oración y para la práctica de las virtudes y luego añade, a modo de conclusión: «La lectura y la oración son las armas con que se vence al demonio y se conquista el cielo».

No siempre se puede tener a mano al padre espiritual que nos aconseje en nuestras obras y, sobre todo, en nuestras dudas; pues la lectura puede suplirlo, suministrándonos luces, y enseñándonos el camino para huir de los engaños del demonio y de nuestro amor propio, y para acertar a conocer la voluntad de Dios. Por eso asegura San Atanasio que «no es posible encontrar quien, dedicándose al servicio del Señor, no sea gran amante de la lectura espiritual».

Se comprende, pues, que todos los santos fundadores hayan recomendado tanto este piadoso ejercicio a sus religiosos. San Benito prescribió que todos hicieran lectura cada día, y que dos monjes se encargaran de recorrer ese tiempo las celdas, para ver si era observado este punto; y caso de encontrar a alguno negligente en su cumplimiento, quería que se le impusiera una penitencia. Y, antes que todos los fundadores, lo había prescrito San Pablo a Timoteo: *Aplicate*

a la lectura. Nótese la palabra que emplea: *attende*; es decir, que, por muchos que fueran los cuidados que le exigieran sus ovejas —Timoteo era obispo—, quería San Pablo que se dedicara a la lectura de libros santos, no como de pasada y por breve tiempo, sino aplicándose expresamente a ella con detención.

Tan grande es el provecho que causan los libros buenos, cuanto es grande el daño que causan los libros malos; así como aquéllos han sido con frecuencia causa de la conversión de muchos pecadores, así éstos causan la ruina de muchos jóvenes. El autor de los libros buenos es el espíritu de Dios, así como de los libros malos lo es el espíritu del demonio, que a muchos logra engañar frecuentemente, disimulando el veneno que tales libros encierran.

«Los malos libros, junto con los malos programas de televisión, son el peor veneno con que el demonio se vale en nuestros tiempos para arrastrar las almas al infierno. Si San Ligorio hubiera vivido en nuestros días no sé lo que hubiera dicho contra las revistas pornográficas y las inmoralidades de la televisión. Claro está que es un pecado gravísimo recrearse en esas cosas; pero el cristiano que ama a Dios y al prójimo por Dios, no le basta salvar su alma huyendo de contemplar esas inmoralidades, sino que ha de hacer cuanto esté de su parte para conseguir que esas cosas desaparezcan del país. ¡Qué Dios nos ayude a conseguirlo!» (El editor.)

Pero sigamos oyendo al Santo sobre la eficacia de los buenos libros: ¡Cuán grandes son los bienes que produce la lectura de los libros santos!

En primer lugar, así como la lectura de los malos libros según indiqué, llena el alma de sentimientos mundanos y perniciosos, la lectura de los buenos lle-

na el espíritu de pensamientos y deseos santos. ¿Qué pensamientos santos puede cultivar un alma ocupada, en lecturas de libros curiosos y profanos, que hacen germinar en su cabeza ideas mundanas y en el corazón una legión de afectos terrenos? ¿Cómo se va a mantener en la presencia de Dios, y cómo va a hacer actos y afectos piadosos? El molino muele el grano que se le echa; si se le echa mal grano, ¿cómo queremos que dé harina buena? Irá, a la oración y a la comunión, y, en vez de estar pensando en Dios y haciendo actos de amor y de confianza, estará profundamente distraída, porque le vendrán en tropel a la memoria todas las vanas ideas de sus lecturas. En cambio, quien tiene la mente bien nutrida de especies devotas, como máximas espirituales, ejemplos de virtud de los santos, se verá acompañada de tales pensamientos, no sólo durante la oración, sino también fuera de ella; por lo cual podrá ser casi continuo su recogimiento en Dios.

San Bernardo lo explica todo esto con una bella comparación, sobre aquel pasaje de San Mateo: *Buscad y hallaréis*. «Buscad leyendo —explica el santo—, y encontraréis meditando; la lectura pone el alimento en la boca, para masticarlo por la meditación.

En segundo lugar, el alma, embebecida en santos pensamientos por medio de la lectura, estará mejor dispuesta para rechazar las tentaciones internas.

Con ese fin, San Jerónimo se la aconsejaba a su discípula Salvina: «No dejes de las manos los libros divinos, que serán como un escudo donde reboten las flechas de los malos pensamientos».

En tercer lugar, la lectura nos sirve para ver las manchas del alma, y viéndolas, más fácilmente las podremos quitar. El mismo San Jerónimo escribió a

Demetriades «que se sirviera de la lectura como de un espejo»; con lo cual quería significar que, así como el espejo nos descubre las manchas del rostro, la lectura de los libros santos nos descubre las manchas de la conciencia. «En ella —nota San Gregorio hablando de la lectura— vemos lo que tenemos de hermoso y lo que tenemos de deforme; por ella apreciamos nuestros progresos»; vemos si hemos adelantado o hemos retrocedido en las vías de Dios.

En cuarto lugar, por la lectura de libros santos recibimos muchas luces, y sentimos las llamadas divinas. Advierte San Jerónimo «que cuando oramos hablamos nosotros a Dios, y cuando leemos es Dios quien nos habla a nosotros». Y lo mismo enseña San Ambrosio: «Cuando oramos, le hablamos (a Dios); cuando leemos, le oímos».

No siempre, como antes decía, podremos tener junto a nosotros al padre espiritual ni siempre podremos oír la palabra de santos predicadores, que nos den luces y nos dirijan acertadamente por los caminos de Dios; pero tenemos quien los supla en los buenos libros.

¡Cuántos santos han abandonado el mundo y se han dado a Dios por la lectura de un libro espiritual!

Bien conocido es el ejemplo de San Agustín, que, estando miserablemente aherrojado por sus pasiones y sus vicios, fue iluminado por luz celestial, que le vino por la lectura de una Epístola de San Pablo, salió de las tinieblas y comenzó a caminar hacia la santidad. Lo mismo le aconteció a San Ignacio de Loyola; siendo todavía soldado, para vencer al aburrimiento de las horas que tenía que estar en el lecho, a causa de las heridas, comenzó a leer un libro de *Vidas santos* que de casualidad le vino a las manos;

eso bastó para hacerle comenzar a ser santo, convertido en padre y fundador de esa religión de la Compañía de Jesús, que tantos días de gloria ha dado a la Iglesia.

San Juan Colombini leyó por casualidad también, y casi contra su voluntad, un libro devoto, y eso bastó para hacerle dejar el mundo, para elevarle a la santidad y hacerle fundador de una orden religiosa. De dos cortesanos del emperador Teodosio cuenta San Agustín que entraron un día en un monasterio: uno de ellos se puso a curiosar una *Vida de San Antonio* que encontró en una celda; pero de tal modo le fueron dominando los santos pensamientos que leía, que allí mismo tomó la resolución de dejar el mundo, y luego habló a su compañero con tal fervor, que los dos decidieron dedicarse, en aquel monasterio, al servicio de Dios.

En las Crónicas de los carmelitas descalzos se lee que una señora de Viena se había arreglado una tarde para asistir a un *sarao*; pero llegado que hubo al salón y viendo que la fiesta se había suspendido, se llenó de rabia, y para distraer el mal humor tomó un libro espiritual que casualmente le vino a las manos; el libro trataba del desprecio del mundo, y tanto la convenció, que dio un adiós al mundo y se hizo carmelita.

Cosa parecida le sucedió a la duquesa de Montalto, en Sicilia, que también, como por descuido, tomó un día las obras de Santa Teresa, comenzó a leerlas, y tanto le impresionó su lectura que, una vez obtenido el consentimiento de su marido, se hizo carmelita descalza.

Pero no se crea que los libros devotos ayudaron a los santos solamente al principio de sus conversio-

nes: fueron su ayuda toda la vida, para conservar y aumentar cada día más su perfección.

El glorioso Santo Domingo cogía sus libros de devoción, los estrechaba efusivamente y exclamaba: «Estos son los pechos que me dan leche».

¿Cómo podían los santos anacoretas pasarse tan largos años en el desierto, lejos de todo comercio humano, sino con la ayuda de la oración y la compañía de libros espirituales? Para el gran siervo de Dios, Tomás de Kempis, no había mayor recreación que estar en un rincón de su celda con un libro que le hablara de Dios. Ya recordé en otro lugar las palabras del venerable Vicente Carafa: «que para él no había en el mundo vida más envidiable que esconderse en una gruta solitaria, con un pedazo de pan y un libro de devoción». San Felipe Neri dedicaba todos los ratos libres que tenía a leer libros espirituales, y sobre todo *Vidas* de santos.

—¿Y cuáles son los mejores libros para mí?

Pues os respondo: leed, ante todo, aquellos libros en que vuestra alma encuentra más pasto de devoción y que más fuerza tienen para uniros con Dios. Son preciosas, para ese fin, las obras de San Francisco de Sales, de Santa Teresa de Jesús, del padre Granada, del padre Rodríguez y del padre Nieremberg.

Escoged aquellas materias que conozcáis ser más provechosas para vuestra perfección. Leed con preferencia *Vidas de santos*.

¡Qué hermosa ayuda tenemos en las *Vidas* de los santos! Los libros ascéticos nos dan instrucciones sobre el modo de practicar las virtudes; pero en las *Vidas* de los santos vemos cómo las han practicado muchos hombres de carne y hueso como nosotros. Aunque otra cosa no hiciera su ejemplo, por lo me-

nos nos hace humillarnos y confundir la frente con el polvo; viendo lo mucho que han hecho los santos, no tendremos más remedio que avergonzarnos de lo poco que hemos hecho y que hacemos nosotros por Dios.

De sí mismo confesaba San Agustín que «los ejemplos de los siervos de Dios, meditados por él, ponían fuego en su tibieza, y despertaban su pereza y encendían su alma en amor divino».

De San Francisco de Asís escribía San Buenaventura que «el recuerdo de los santos, como un montón de carbones encendidos, le levantaban un incendio divino en el alma». Con el fin de sacar el mayor fruto posible de la lectura, conviene, en primer lugar, encomendarse a Dios antes de empezar, pidiéndole que ilumine nuestra mente sobre aquello que vamos a leer. Ya dije antes que el Señor mismo se digna hablarnos por medio de los libros espirituales; de ahí la conveniencia de invocarle al comenzar: *Hablad, Señor que vuestro siervo escucha*, porque quiere obedeceros en todo lo que le indiquéis ser voluntad vuestra.

En segundo lugar, hay que leer, no para adquirir ciencia o por curiosidad, sino con intención de progresar en el amor de Dios. Leer para adquirir ciencia no es lectura espiritual; es un estudio que nada dice al alma. Pero todavía es peor leer por mera afición, como hacen algunos que se dan a devorar libros, sin otros fin que terminarlos pronto y dar pasto a su curiosidad. ¿Qué provecho pueden esperar de tales lecturas? Todo el tiempo empleado en ellas es tiempo perdido. Bien advertía San Gregorio: «Hay muchos que leen y se quedan en ayunas», como si nada hubieran leído, porque han leído por pura curiosidad,

y de eso reprendió el santo al médico Teodoro, porque, al leer las Sagradas Escrituras, lo hacían tan atropelladamente, que no podía sacar ninguna utilidad.

Para sacar provecho de los libros espirituales hay que leerlos pausadamente y con reflexión; «alimenta tu alma —aconseja Cesáreo— con los libros divinos». Pues si el alimento ha de aprovechar, no basta tragarlo, hay que someterlo a la masticación; he ahí la tercera condición para sacar abundante fruto de la lectura espiritual: hay que masticar o considerar despacio lo que se lee, haciendo las oportunas aplicaciones del santo a sí mismo. Y cuando se llega a un pasaje que impresiona más —indica San Efrén—, que se vuelva a leer.

Además, cuando en la lectura se recibe alguna luz especial, por alguna máxima o algún acto de virtud allí referido, y se siente que aquello penetra el corazón conviene cerrar el libro, levantar el espíritu a Dios y tomar alguna resolución, o hacer algún acto fervoroso o una súplica ardiente a Dios: «Que la lectura deje paso a la oración», apunta San Bernardo. Será muy buena cosa retirarse entonces a orar, mientras se sienta la influencia de aquel vivo sentimiento que nos conmovió imitemos a la abeja, que no se posa en la segunda flor mientras no ha chupado toda la sustancia de la primera; no importa que se pase así todo el tiempo destinado a la lectura, porque, de ordinario, suele ser para mayor provecho del espíritu; bien puede suceder que la lectura de un versículo deje más fruto que si se hubiera leído una página entera.

Conviene, antes de acabar la lectura, escoger de entre lo leído algún piadoso pensamiento para llevar-

lo consigo, como llevamos una flor al salir de un jardín donde nos hemos recreado unas horas con sus delicias.

RESUMEN

DE LAS VIRTUDES EXPLICADAS EN ESTA OBRA Y CUYA PRACTICA ES NECESARIA A LOS QUE AMAN A JESUCRISTO

1. Es menester sufrir con paciencia todas las tribulaciones de esta vida, las enfermedades, los dolores, la pobreza, la pérdida de los bienes temporales, la muerte de los parientes, las afrentas, las persecuciones y todas las adversidades. Y tengamos presente que los trabajos de esta vida son pruebas de que Dios nos ama y de que quiere salvarnos en la otra. Además, tengamos también en cuenta que más agradan a Dios las mortificaciones que nos envía que las voluntarias que nosotros nos tomamos.

2. En la enfermedad, procuremos resignarnos totalmente en la voluntad de Dios, lo cual le es más agradable que cualquiera otra devoción. Si entonces no podemos aplicar la mente a la meditación, contemplemos el Crucifijo, ofrezcámosle nuestros padecimientos y unámoslos a los que sufrió Jesús por nosotros en la cruz. Y, cuando nos den la noticia de nuestra próxima muerte, aceptémosla en paz y con espíritu de sacrificio, esto es, con voluntad de morir para dar gusto a Jesucristo: esta voluntad fué la que comunicó todo el mérito a la muerte de los mártires. Digamos entonces: *Señor, aquí me tienes; quiero todo lo que Tú quieras; quiero padecer, todo lo que*

Tú quieras; quiero morir, cuando Tú quieras. No se nos ocurra pedir entonces la vida, para hacer penitencia por nuestros pecados; aceptar la muerte con entera resignación, vale más que cualquiera penitencia.

3. Además, es preciso conformarse con el querer divino, en padecer la pobreza y todas las incomodidades que consigo acarrean, como el frío, el hambre, las fatigas, los desprecios, las burlas.

4. También nos hemos de resignar en la pérdida de los bienes temporales y en la pérdida de los parientes y amigos. Acostumbrándonos a repetir, en todas las enfermedades: *Así lo ha querido Dios; así lo quiero.* Y en la muerte de los parientes, en lugar de perder el tiempo en llorar, sin provecho, empleémoslo en rogar por sus almas y ofrezcamos a Jesucristo la pena que sentimos por haberlos perdido.

5. Procuremos, además, esforzarnos en sufrir con paciencia y con paz los menosprecios y los escarnios. A quien nos hable con injurias, respondámosle con palabras dulces; mas, cuando nos sintamos enojados, será mejor sufrir y callar hasta que la tranquilidad se restablezca, y procuremos, entre tanto, no quejarnos a los demás de la afrenta recibida, y ofrezcámoslo todo a Jesucristo, que tantas afrentas padeció por nosotros.

6. Seamos afables con todos, superiores e inferiores, nobles y plebeyos, parientes y extraños, y especialmente con los pobres y con los enfermos, pero de un modo todavía más particular, con nuestros enemigos.

7. En el reprender los defectos de los demás es mejor la dulzura que cualquier otro medio y razón. Por lo cual guardémonos de reprender a nadie mientras

estamos airados, porque entonces la reprensión nos saldrá amarga, en palabras y modales. Guardémonos, asimismo, de reprender al delincuente cuando esté irritado, porque entonces la corrección le exasperará y no se arrepentirá.

8. No envidiemos a los grandes del mundo las riquezas, los honores, las dignidades y los aplausos que reciben de los hombres; envidiemos santamente a los que aman a Jesucristo, los cuales, seguramente, viven más contentos que los reyes más gloriosos de la tierra, y demos gracias al Señor por la luz con que nos da a conocer la vanidad de toda esta felicidad humana, por la cual tantos se condenan.

9. En todas nuestras acciones y pensamientos no busquemos la propia satisfacción, sino el gusto de Dios y así, no nos enojemos, cuando no consigamos el objeto de algunos de nuestros designios, y cuando lo alcancemos, no busquemos los aplausos y la gratitud de los hombres; pero, si por el contrario somos censurados, no hagamos caso de ello y consolémonos por haber obrado para agradar a Dios y no a los hombres.

10. Los principales medios para llegar a la perfección son: Primero, huir de todo pecado deliberado, por leve que sea. Pero, si por desgracia cometemos alguna falta, guardémonos de enojarnos con impaciencia. Conviene entonces arrepentirse con paz, hacer un acto de amor a Jesucristo, prometerle no cometerla más y pedirle su auxilio.

11. En segundo lugar, desear llegar a la perfección de los santos y padecer cualquier cosa para dar gusto a Jesucristo, y, si no tenemos este deseo, rogar a Jesucristo que por su bondad nos lo conceda, pues, de otra manera, si no deseamos con verdadero deseo

santificarnos, nunca daremos un paso adelante en el camino de la perfección.

12. En tercer lugar, tener una verdadera resolución de llegar a ser perfecto. El que no tiene esta resolución firme, obra con flojedad y, en las ocasiones, no vence las repugnancias; en cambio, un alma resuelta, con la ayuda de Dios que no falta nunca, lo vence todo.

13. En cuarto lugar, hacer dos horas, o a lo menos una, de oración mental todos los días, y no dejarla nunca, sin absoluta necesidad, por más tedio, sequedad o agitación en que nos encontramos.

14. En quinto lugar, frecuentar la comunión muchas veces a la semana, según el consejo del director, pues, contra el consentimiento del mismo, no se ha de practicar la comunión frecuente. Y lo que hemos dicho vale también para las mortificaciones exteriores, como ayunos, cilicios, disciplinas y otras semejantes. Tales mortificaciones, hechas sin la obediencia al padre espiritual, o hacen que se pierda la salud o son causa de vanagloria. Por lo tanto, es menester tener un director particular, para que lo regule todo por la obediencia.

15. En sexto lugar, hacer continua oración y encomendar a Jesucristo todas las necesidades que nos sobrevengan, acudiendo también a la intercesión del Angel de la Guarda, de los santos abogados y singularmente de la divina Madre, por cuyas manos nos concede Dios todas las gracias.

Ya demostramos, hacia el final del capítulo VIII, que de la oración depende todo nuestro bien. Hemos de pedir todos los días a Dios la perseverancia en su gracia; quien la pide la obtiene y quien no la pide no la obtiene, y se condena. También hemos de pedir a

Jesucristo su santo amor y la conformidad completa con su voluntad. Es necesario pedir siempre las gracias por los méritos de Jesucristo. Estos ruegos se han de hacer, cuando nos levantamos por la mañana, después de la oración mental, en la comunión, en las visitas al Santísimo Sacramento, y, por la noche, en el examen de conciencia. Principalmente en tiempo de tentación, es menester que pidamos a Dios el auxilio para resistir, y, singularmente, si son tentaciones contra la castidad, hemos de invocar muchas veces los santísimos nombres de Jesús y María. *El que ruega vence y el que no ruega está perdido.*

16. En cuanto a la humildad, no vanagloriarse de las riquezas, de los honores, de la nobleza, del talento o de cualquiera otra ventaja natural, y mucho menos espiritual, pensando que todas son de Dios. Tenernos por los peores de todos y, por esto, estar contentos al vernos despreciados de los demás, y no hacer como hacen algunos, que andan diciendo que son los peores de todos y después quieren que se les trate mejor que a los demás. De esta manera, aceptar humildemente las reprensiones sin excusarnos, ni siquiera cuando se nos inculpa injustamente, a no ser que la defensa sea necesaria para evitar el escándalo del prójimo.

17. Guardarnos mucho más de querer aparentar en el mundo y de andar a caza de las honras humanas. Para esto tener delante de los ojos la gran máxima de San Francisco, el cual decía que *somos tanto cuanto somos delante de Dios*. Peor sería todavía para un religioso el pretender cargos honoríficos o de gobierno en la religión. El honor de un religioso estriba en que sea el más humilde de todos, y el más humilde es el que abraza con alegría las humillaciones.

18. Desprender el corazón de todas las criaturas. El que está apegado a alguna cosa terrenal, por pequeña que sea, jamás podrá volar y unirse del todo a Dios.

19. Desprenderse especialmente del afecto a los parientes. Decía San Felipe Neri: Todo el afecto que ponemos a las criaturas, lo quitamos a Dios. Y, tratándose de la elección de estado, nos hemos de guardar principalmente de los padres, que suelen buscar, en esto, más el propio interés que nuestro provecho. Desprenderse de los respetos humanos o de la vana estimación de los hombres, y sobre todo, de la propia voluntad. Conviene dejarlo todo, para ganarlo todo, escribe Tomás de Kempis.

20. No enojarnos nunca por cualquier accidente, y si alguna vez, la ira nos coge desprevenidos, encomendémonos en seguida a Dios y abstengámonos de hablar y de obrar, mientras no estemos seguros de que la ira no está ya calmada. Para esto, conviene que en la oración nos prevengamos para todo cuanto pueda ocurrir, para que cuando acontezca, no nos enojemos con pecado, y recordemos lo que de sí mismo confesaba San Francisco de Sales: *Nunca me he irritado, sin que después haya tenido que arrepentirme.*

21. Toda la santidad consiste en amar a Dios y todo el amor a Dios consiste en hacer su voluntad. Luego, es necesario resignarse, sin reservas, a todo lo que Dios disponga de nosotros, para lo cual conviene abrazar con paz todos los acontecimientos, prósperos o contrarios que Dios quiera, la santidad que Dios quiera, y dirigir a esto todas nuestras plegarias, para que Dios nos haga cumplir su adorable voluntad. Y para acertar a cumplir la divina voluntad, no

hay como depender de la obediencia del Superior, para el que es religioso, y del confesor, para el que es seglar, teniendo por cierto lo que decía San Felipe Neri: *De lo que se hace por obediencia no hay que dar cuenta a Dios*. Se entiende, mientras no se trate de un pecado evidente.

22. Contra las tentaciones, dos son los remedios: la resignación y la oración. La resignación, porque, si bien la tentación de pecar no viene de Dios, no obstante, Dios la permite para nuestro bien. Guardémonos de enojarnos, por molestas que sean las tentaciones; resignémonos al querer de Dios, que las permite, y armémonos para vencerlas con la oración, que, entre todas las armas, es la más fuerte y la más segura para vencer a los enemigos. Los malos pensamientos no son pecados, por feos y horribles que sean; los pecados son los malos consentimientos. Invocando los santísimos nombres de Jesús y de María, nunca seremos vencidos. Cuando la tentación acomete, ayuda mucho renovar el propósito de morir antes que ofender a Dios; ayuda también el persignarse muchas veces, haciendo la señal de la cruz con agua bendita, y, sobre todo, el manifestar las tentaciones al confesor. Pero el remedio más necesario es la oración, pidiendo en ella a Jesucristo y a María, fuerza para resistir.

23. En las desolaciones de espíritu, dos son los actos en que hemos de ejercitarnos: 1. Humillarnos, confesando que merecemos ser tratados así. 2. Resignarnos en la voluntad de Dios, abandonándonos en brazos de la divina bondad. Cuando Dios nos consuela, preparémonos para las tribulaciones, que, de ordinario, siguen a las consolaciones. Cuando permita que vivamos desolados, humillémonos y resigné-

monos en la divina voluntad, y, de esta manera, sacaremos mayor provecho de la desolación que de la consolación.

24. Para vivir siempre bien, es menester que grabemos en nuestro entendimiento ciertas máximas generales de vida eterna: – Todas las cosas de esta vida se acaban: el gozar y el padecer; la eternidad no se acaba nunca. – ¿De qué sirven, en la hora de la muerte, todas las grandezas de este mundo? – Lo que viene de Dios, próspero o adverso, todo es bueno y para nuestro bien. – Es menester dejarlo todo, para ganarlo todo. – Sin Dios, nunca se puede tener verdadera paz. – Sólo el amor de Dios y la salvación son necesarios al alma. – Sólo se ha de temer el pecado. – Perdiendo Dios, todo está perdido. – El que nada desea en este mundo, es señor del mundo. – El que hace oración, se salva; el que no la hace, se pierde. – Por mucho que Dios cueste, nunca es caro. – Toda pena es ligera, para quien ha merecido el infierno. – Todo lo sufre el que mira a Jesús en la cruz. – Todo lo que no se hace por Dios se convierte en pena. – El que sólo quiere a Dios, es suficientemente rico. – Bienaventurado el que puede decir de corazón: Jesús mío, sólo quiero a Ti, y nada más deseo. – El que ama a Dios, en todo encuentra placer; el que no le ama, en nada encuentra el bienestar verdadero.

INDICE

Introducción	6
I. Cuánto merece ser amado Jesucristo por el amor que nos mostró en su Pasión	13
II. Cuánto merece ser amado Jesucristo por el amor que nos mostró en la institución del Santísimo Sacramen- to del Altar	26
III. De la gran confianza que nos debe inspirar el amor que Jesucristo ma- nifestó en cuanto hizo por nosotros .	37
IV. De cuán obligados estamos a amar a Jesucristo	46
V. Quien ama a Jesucristo, ama el pa- decimiento	56
VI. Quien ama a Jesucristo, ama la mansedumbre	66
VII. Quien ama a Jesucristo, solamente envidia a los que le aman más y no a los grandes del mundo	74
VIII. Quien ama a Jesucristo huye de la tibieza y busca los medios de alcan- zar la perfección. Que son: 1.º, De- searla; 2.º, Resolverse a ella; 3.º, La oración mental; 4.º, La comunión; 5.º, La Oración	81

IX.	Quien ama a Jesucristo, no se ensoberbece con sus buenas cualidades, sino que se humilla y se complace en verse humillado de los demás . . .	109
X.	Quien ama a Jesucristo, no ambiciona más que a Jesucristo	117
XI.	Quien ama a Jesucristo, desprende el corazón de todo lo creado	123
XII.	Quien ama a Jesucristo no se irrita contra el prójimo	144
XIII.	Quien ama a Jesucristo, sólo quiere lo que quiere Jesucristo	154
XIV.	Quien ama a Jesucristo, todo lo sufre por Jesucristo, especialmente las enfermedades, la pobreza y los desprecios	168
XV.	Quien ama a Jesucristo, cree cuanto El ha dicho	182
XVI.	Quien ama a Jesucristo, todo lo espera de El	187
XVII.	Quien ama a Jesucristo con amor ardiente, no deja de amarle aun en medio de todas las tentaciones y desolaciones	199
XVIII.	De la lectura espiritual	222
	RESUMEN de las virtudes explicadas en esta obra y cuya práctica es necesaria a los que aman a Jesucristo	231